

Universidad APEC



SERIE DISCURSOS DE GRADUACION

Septiembre, 1986

Ing. Guillermo Armenteros

—Orador Invitado—

ediciones UNAPEC

**PRESENTACION DEL ORADOR INVITADO A LA DECIMA
NOVENA GRADUACION,, ING. GUILLERMO ARMENTEROS,
A CARGO DEL DR. LEONEL RODRIGUEZ RIB, RECTOR DE
UNAPEC, EN FECHA 27 DE SEPTIEMBRE, 1986.**

Señores:

Celebramos un Acto de Investidura. Este término significa acto de conferir una dignidad o cargo importante. Se usó esta expresión, desde la Edad Media, para aplicarla al acto de consagración de un obispo. A quien se consagra como obispo se le entrega dignidad, poder e influencia, se le coloca en lugar eminente, destacado.

También llamamos a esta ceremonia graduación, porque se otorga un grado, en este caso, un grado académico. También guarda su origen relación con el poder; el grado fue, en principio, un grado militar.

He querido recordar el sentido prístino de las palabras que empleamos en la academia para declarar que un estudiante ya ha cumplido todos los requisitos para optar por un título profesional, porque esto da sentido y coloca en su verdadera dimensión esta ceremonia.

Recibir un grado o una investidura es, en efecto, ser colocado en posición de poder y de excelencia.

El profesional es distinguido en nuestra sociedad. Por eso hay expresiones populares tales como éstas: "es un joven profesional preparado", "es una mujer que luchó y se hizo profesional" y otras por el estilo.

El legítimo deseo de alcanzar el honor de investirse como licenciado, ingeniero o doctor hace que se colmen las universidades y que el más humilde de los padres haga esfuerzos porque su hijo complete una carrera universitaria.

¿En qué consiste el honor y la distinción de esta investidura? ¿Qué poder se asume? ¿Qué privilegios se alcanzan? Se accede, por vía de la Universidad, al saber científico. Y la institución garantiza que cada graduado ha asimilado un caudal de conocimientos específicos, que le permite el manejo de tareas que el común de los hombres no puede desempeñar. Son las áreas reservadas a expertos, a los que "saben".

El franquear el pórtico de la ciencia es el mayor reconocimiento y grado que se confiere en la investidura profesional, que de esta forma segrega, y separa al graduado de los que no han recibido educación superior.

Han sido ustedes templados en su carácter por el contacto permanente con el acervo científico. Y esto es, no sólo herramienta de trabajo, sino más que nada recursos permanente, vocación y acicate de intelectualidad.

Esa vocación de la ciencia debe ser seguida. Durante este año la Universidad APEC ha propiciado diversos encuentros entre científicos dominicanos con el objetivo de adelantar la idea de la creación de una comunidad científica nacional, base indispensable para el desarrollo independiente. Quiero exortarles a que aprovechen excelentes oportunidades que están disponibles para estudios avanzados, tanto en nuestro país como en el extranjero. Creo, con nuestra Universidad, que este es el tiempo del desarrollo de los recursos humanos nacionales para este grande e imposable propósito.

La sociedad dominicana no tiene otra salida que la propia, esto es, el desarrollo de su gente y el uso mediante la aplicación de la tecnología, de sus recursos naturales. Para este propósito es que sirve la ciencia. Es lo que llamo independencia de nuestro desarrollo, que nos llevará a la independencia de nuestras decisiones.

Reciben ustedes atribuciones, como dije antes, para el ejercicio de tareas sociales nobles, que no pueden confiarse al empirismo ni a la institución. Esto es un poder y como tal envuelve responsabilidades intelectuales y sobre todo morales.

La producción, la administración, y aún la distribución de la riqueza son procesos, hoy día, puestos en manos de los profesionales, en una forma u otra.

La preparación de toma de decisiones y la ejecución de esas decisiones requieren del concurso del profesional y éste, al hacer su tarea, ejerce la influencia correspondiente.

Estoy haciendo un llamado a su condición de ciudadanos seleccionados para ser profesionales. Es menester mantener vivos los criterios éticos con que la Universidad trató de formarlos, para estar prestos a hacer el bien y para estar opuestos a participar en el mal: sea del dinero fácil, sea de la corrupción, sea de la injusticia social. Podríamos enumerar nuestros males. Bastante han sido aireados en el pasado proceso electoral. Pero estarán de acuerdo en que el peor de ellos es haber perdido las grandes virtudes cívicas: la lealtad, la austeridad, la tenacidad, el espíritu de trabajo; habiéndolo cambiado todo por la avaricia, el afán de dinero, el despilfarro y el placer.

La profesión, para los dominicanos, parece que ha sido nada más que un instrumento de ascenso social o de perpetuación de status social. Esa hipertrofia ha mermado la riqueza de toda una formación. ¿Acaso hace falta estudiar cuatro años de universidad para incorporarse, como si fuese un sistema ideal, a la corrupción y al desenfreno? No, amigos. Estamos para cosas más altas, para acciones de mayor vigor, para carreras más nobles, para servicios más trascendentes. ¿No es necesario rehabilitar las empresas del Estado, incrementar la producción agrícola y ganadera para bajar los precios, adecentar la propaganda, crear fuentes alternativas de energía, sobre todo la energía popular para el campesino? ¿No hay que ampliar la cobertura educativa y cualificar y dignificar la escuela? Esas son metas profesionales!

La finura de la conciencia formada será su guía para el uso de su grado. Las sociedades no se pervierten por obra de un sólo malévolo. Ni se elevan y crecen por el arrastre mesiánico de un

sólo dirigente. Lo hacen por la acción de los miembros de su comunidad. Cuando aparecen las figuras trascendentales son el producto de un fermento que ya estaba diseminado entre todos, actuando aquí y allí, hermoando calladamente cada acción.

Si hoy deseamos los dominicanos una nueva sociedad sana, justa, trazadora de su propio destino, no olvidemos, nuevos profesionales, que deben ustedes ser levaduras del bien y no germen del mal.

Entrego, en este momento, la cátedra a nuestro orador invitado, que es un profesional que les trae este mensaje. Me complace presentarles al Ing. Guillermo Armenteros, connotado banquero y profesor universitario. Armenteros ha tratado de obedecer a distados de conciencia. Ha tratado de profundizar sus conocimientos profesionales. Con frecuencia expone en artículos de prensa el fruto de sus reflexiones.

Sigamos con atención su pensamiento, al exponernos su vivencia de estos tiempos.

**DISCURSO DEL ING GUILLERMO ARMENTEROS, EN EL
ACTO DE GRADUACION DE LA UNIVERSIDAD APEC,
EL DIA 27 DE SEPTIEMBRE DE 1986.**

Señor Secretario de Estado de Educación,
Señores Directores de la Universidad APEC,
Señor Rector, Decanos y Profesores de la Universidad APEC,
Distinguidos Rectores Universitarios,
Señores Graduandos,
Señoras y Señores:

Uno de los actos sociales más auspiciosos es la ceremonia de graduación de una institución universitaria. En él se celebra una especie de nuevo nacimiento donde el sujeto recibe el reconocimiento público, la sanción social, de que a partir de ese momento es una persona distinta con destrezas y responsabilidades que les hacen diferentes del común de la gente.

Para los responsables de la educación, que es la formación y transmisión del conocimiento y temple del carácter, es esta ocasión una especie de transferencia simbólica de la antorcha portadora de la luz de la sabiduría.

La graduación es una suerte de relevo generacional, gradual y progresivo, por el cual la generación joven recibe la certificación de capacidades culturales para ser con los conocimientos que se le reconocen, un instrumento de servicio para con sus semejantes, un fermento del cambio cualitativo de la sociedad, y una potenciación para superar su propia condición humana.

Por reconocer la calidad y trascendencia de este acontecimiento, agradezco la invitación de las autoridades de la Universi-

dad APEC para hablarles, y aprovecho la oportunidad para ofrecer a todos los graduandos una reflexión y un reto.

En estos días en que ustedes se insertan como profesionales en nuestra sociedad, la opinión pública es sacudida y estremecida por las denuncias reveladoras de que nuestra Nación expresa de la corrupción generalizada, del peculado sin freno, de la disolución de sus instituciones, de la quiebra financiera de la Nación, de la devastación del medio ambiente, y de la asfixia económica progresiva de los padres.

Las señales ominosas para sustanciar esas denuncias aparecen a las claras, y sin que haya que rebuscar con denodado y particular esfuerzo, en los informes acerca del uso de los recursos económicos del Estado y en la prodigalidad con que autoridades y beneficiarios en alegre convivencia se sirvieron de supuestas facultades del Poder para eximir y reducir impuestos y para romper la pregonada disciplina que debería primar en el sector externo de nuestra economía.

Del tráfico de droga, del contrabando, de los distintos tipos de negocios productores de riquezas inexplicables y al vapor, es responsable el afán de lucro desmedido e injustificado que trata de aplacar, nunca saciar, la codicia desmedida.

La búsqueda de beneficios como premio al riesgo y al espíritu empresarial, ha sido el motor del progreso económico de los pueblos, sin embargo estamos llevando la afición por ese tipo de retribución a una suerte de situación viciosa que en cierto modo nos arropa a todos.

El cultivo de una sana y estimulante condición humana se nos ha desbordado hasta poner en peligro la salud de nuestra economía, el equilibrio de nuestras ambiciones, y hace que se rompa por desesperación el marco en el cual, esfuerzo, perseverancia y paciencia dan el sazonado fruto de la riqueza bien habida.

El abandono de la regla jurídica, como norma común, aplicable sin distinguos a todo el mundo, explica la disolución de las instituciones que no resisten el que cada quien quiera su ley, su medida, para sus propias aspiraciones, necesidades, vicios y debilidades.

El haber caído en una carrera acelerada y desequilibrada de consumo y de importantes transferencias de nuestros capitales privados hasta países extranjeros, nos ha dejado sin ahorros, y a través de créditos que no hemos podido pagar hemos consumido, y en dólares, buena parte de nuestra producción futura.

La deuda externa dominicana asciende en estos momentos a unos cuatro mil millones de dólares, lo que al tipo de cambio actual representa aproximadamente unos doce mil millones de pesos dominicanos. Esa cifra a su vez es equivalente al total del valor económico que representarían cuatro años del Producto Bruto Interno de la República Dominicana, tomando como base los estimados del PBI para 1983. Es decir, que si los dominicanos dedicáramos todo el valor económico de todos los habitantes y residentes en el país, cubrir la deuda nos tomaría el esfuerzo global y absoluto de todo el mundo, de cuatro años por lo menos, y esto es suponiendo un consumo igual a cero.

Las lomas y montañas de la Isla han sido presa de la erosión y de la fuga de nuestro suelo agrícola, hasta las profundidades de los mares circundantes.

La llamada operación "selva negra" ha revelado con dramatismo sin límite la tragedia ecológica a la que ha sido condenado nuestro medio ambiente por la explotación desconsiderada.

La pobreza de los dominicanos se ha agravado en los últimos años porque nuestra economía no guarda el ritmo de crecimiento necesario para suplir el número de empleos requeridos.

Para mantener arrestada la situación de desempleo hasta 1990, tendremos que crear cada año 90,000 puestos de trabajo. De lo contrario, para esa fecha de 1990, tendremos alrededor de millón y medio de desempleados y subempleados.

El espectro de la pobreza se proyecta también cuando consideramos la situación de la producción de alimentos y de viviendas, para sólo citar dos renglones.

Si se duplican, entiéndase bien y con todo rigor, los niveles productivos tomando como base el año 1980, para el año 2000 sólo podremos satisfacer el 88% de nuestras necesidades alimenticias. Conseguir esa duplicación requerirá de un esfuerzo titánico, para no decir de un milagro.

En el área de viviendas y en todo lo que ello implica como demanda agregada, basta señalar que desde ahora hasta el año 2000, se formará un promedio de 57,000 nuevos hogares cada año, lo que significa que para no agravar la ya delicada situación de la vivienda en el país, necesitaremos construir 855,000 unidades habitacionales de diversas categorías para llegar al año 2000 sin agravar la situación que ya reconocemos como muy difícil y precaria.

Ante las dificultades actuales hay quienes piensan con pesimismo que estamos al final del camino, que la derrota nos espera y que muy poco puede intentarse para cambiar el curso catastrófico por el que se ha venido deslizado de manera indolente la sociedad dominicana.

Nuestro planteamiento es que no estamos en el final de la jornada. Que no estamos en el principio, que lo tenemos todo por hacer y que si rompemos con las rutinas paralizantes del pasado, de la irresponsabilidad, del temor y de la duda, la República Dominicana puede y debe salir adelante.

Ustedes, universitarios, son el mejor ejemplo de cuanto os digo.

En los años en que me tocó asistir a nuestra única universidad de entonces, la Universidad de Santo Domingo, jamás soñamos que un día habría la diversidad y cantidad de entidades de educación superior y que hoy existen, y jamás pensamos que para esta fecha habría tantos estudiantes de todos los estratos sociales y de todos los rincones del país, labrando su destino y su posición en nuestra sociedad a base del estudio y del esfuerzo propio. Hoy existen muchas facilidades para hacer una carrera y no hacen falta recursos desusados, disponemos del crédito educativo y horarios vespertinos y nocturnos que se han puesto a la mano de todo aquel que tenga vocación y genuino deseo para su superación.

Creemos que a nosotros, la generación actuante y a ustedes quienes hoy se hacen profesionales, nos toca cambiar este país a base de definir algunas metas para las cuales no hace falta ningún tipo de financiamiento.

Tenemos que oír la voz de la iglesia que clama por una renovación del liderazgo y de la moralidad en nuestro país.

Nuestro futuro, como el presente, no podemos delegarlo a la gestión de quienes medran en el lucrativo maridaje de la ignorancia y la audacia.

Tenemos que devolver la fe a los dominicanos de que este es un país viable a base, fundamentalmente, de nuestro propio esfuerzo, aunque para ello contemos subsidiariamente con la cooperación de nuestros amigos extranjeros que nunca nos han faltado.

Ahora mismo, creo, que la oportunidad es propicia para una gran jornada nacional por el progreso para detener la corrupción. Para moderar las ambiciones, para frenar el deterioro de nuestras instituciones y de nuestro medio ambiente.

Tenemos que rescatar el país de la quiebra financiera y a los pobres hay que arrancarlos a través de acciones positivas del marasmo, de la miseria y de la desesperanza.

Os confirmo que nosotros los dominicanos, nuestra generación con la generación de ustedes y con la voluntad, el esfuerzo y las destrezas de todos, podemos llevar la Nación hasta horizontes inalcanzados de grandeza, de bienestar y de paz.

Muchas Gracias!

